

Las bodas (sus peligros)

GERMAN DEHESA

En el número correspondiente a septiembre, la revista *Vuelta* incluye una consternante nota acerca de la revista *Viceversa*. *Vuelta* jamás se había ocupado, ni para bien ni para mal, de *Viceversa* que es, a mi juicio, un muy logrado esfuerzo cultural de varios jóvenes intelectuales y artistas mexicanos. La nota mencionada condena sin argumentos un ejercicio de imaginación consistente en hacerle una imposible entrevista a Sor Juana Inés de la Cruz. Los redactores de *Viceversa* prepararon una batería de preguntas que fueron respondidas, en tono sorjuanesco, por personas como Margarita Peña, Antonio Alatorre y el de la pluma. Al parecer, esto disgustó enormemente al gacetillero que descalificó este juego literario por dos poderosísimas razones: a) No se tomó en cuenta a Octavio Paz que con *Las trampas de la fe* ha establecido el juicio definitivo sobre la vida y la obra de Sor Juana. Este argumento es disciplinadamente tonto; nadie que hoy escriba con sensatez sobre Sor Juana puede ignorar la importante obra de Paz. Esto es cierto, pero también es cierto que no existen "juicios definitivos" sobre nada y sobre nadie. b) Tan o más reprochable que la ausencia de Paz resulta la presencia del "periodista" Germán Dehesa que qué va a saber sobre Sor Juana. De lo dicho por las doce personas que participamos en este inocuo juego de recrear la voz de Juana de Asbaje, Javier Aranda Luna —que así se llama el autor de la reseña (?)— no se ocupa en absoluto. Esto me parece muy mal. ¿Cómo voy a educarme si nadie me señala mis seguros errores y probables aciertos? No es que quiera ponerme de ejemplo, pero aquí he tratado de mostrar porqué la brevísima nota de Aranda Luna está mal hecha. Si me hubiera atendido a sus reglas, podría haber preguntado: ¿quién es Javier Aranda Luna para hablar de Germán Dehesa?, ¿es acaso un dehesólogo calificado? Lo dicho hasta aquí es un oblicuo modo de curarme en salud, porque ahora me propongo hablar de las bodas en México y *no quiero* que JAL me dé un revistazo y pregunte: ¿qué sabe el periodista Germán Dehesa de bodas? Antes de que tal cosa suceda, me apresuro a puntualizar que no soy bodólogo; todavía peor: una buena parte de mi vida la he consagrado a inventar justificaciones para no asistir a bodas propias o ajenas. En el primer caso (boda propia), sólo me ha fallado en dos ocasiones mi robusta capacidad de elusión y postergación. En el caso de bodas ajenas, habré asistido, cuando mucho, a cinco. Si se considera que conservadoramente me han invitado a 50 mil, creo que mi porcentaje de inasistencia es admirable. Si el que está leyendo estos renglones es hombre y está casado, no le costará trabajo generar una inmediata envidia con su pizca de admiración ante hazaña tan notable porque es de todos sabido (y por nadie explicado) que, con el mismo fervor que los hombres repelemos las bodas propias y extrañas, el sector femenino las disfruta y las procura. No; no es fácil proporcionarle a una fémica fértil razones satisfactorias para no comparecer en una boda. Se puede invocar deterioro físico, agotamiento total, depresión intensa, alergia indeterminada; pero todo esto acaba siendo poco ante la férrea voluntad femenina que quiere estrenar un sombrero horrible como de D'Artagnan.

Conocedor como soy de estos litigios, quiero reseñar aquí un argumento (que curiosamente me proporcionó mi amiga Cristina Alcayaga que milita en el bando femenino) que éste sí resulta irrefutable: asistir a una boda en la ciudad de México conlleva un altísimo grado de peligro. Paso a explicarme. Imaginemos la típica boda de agraciada señorita y prometedor profesional del sector acomodado (conste que dije imaginemos; en la realidad el sector acomodado está cada vez más desacomodado y tiende a la extinción). La ceremonia religiosa tiene lugar en edificios muy vetustos y sin ninguna garantía antisísmica. Reconozco que no es el más grave, pero esto ya es un peligro. Antes o después habremos de asistir a la ceremonia civil que tampoco está exenta de riesgos. Los jueces se avientan unos fervorines cívicos con metáforas marítimas y con resabios autoritaristas (si el juez es hombre) o con abiertos llamados a la insurgencia femenina (si es mujer). De cualquier manera se corre el riesgo de muerte neuronal y hasta de *pérdida* total de la unidad con esos rollazos que se tienen que escuchar de pie, con cara de emoción y empotrado entre dos robustas tías de la contrayente que vinieron ex-profeso desde Mexicali.

Exageraciones, dirán las lectoras; verdades macizas, dirán los lectores. Tranquilos, falta lo peor: el banquete. Una tarjetita con los nombres de los novios proclama que comeremos: "la suprema de toronjas" (tres miserables gajos con algún trozo de follaje), "la crema de espárragos" (que indefectiblemente sabe a fijador para el pelo); "las pechugas Iturbide" (pollo rebañado con lo que quedó de la crema de espárragos); vinos radioactivos, "la cassatta Tabasco" (helado de guanábana) café o *thé*. El cólera y la úlcera gastroduodenal rondan por aquí. Tampoco es éste el mayor de los peligros. Lo que a mí me aterra al punto de ya no asistir a ninguna boda es que los banquetes se hacen jardines que, por la doble acción pluvial y sísmica, se han convertido en territorios francamente pantanosos. No miento. Hagan la prueba de llegar dos horas tarde a alguno de estos ágapes y verán que todos los invitados ya se hundieron hasta las corvas con todo y su silla. Recordarán esta varonil señal de alarma que desde aquí lanzo, cuando lean (y para esto no transcurrirán muchos meses) que todo el personal de una boda —madrinas incluidas— desapareció devorado por un jardín. Tan seguro me hallo de que así sucederá, que yo no quiero estar ahí. A la Hillary la tengo totalmente convencida con este argumento. Señores: lo dejo en sus manos para que lo usen con entera libertad.